

## HOMILÍA CONTRA LAS PELEAS Y LAS CONTIENDAS

Catálogo de Títulos Cortos 13675. Textos electrónicos del Renacimiento 1.1.  
copyright 1994 Ian Lancashire (ed.) Universidad de Toronto

### UN SERMON CONTRA LA CONTENCIÓN Y LA RIÑA

En este día (buen pueblo cristiano) se les declarará la improductividad y la vergonzosa falta de honestidad de la contienda, de las peleas y de las discusiones, con el fin de que, cuando vean, como en una tabla pintada ante sus ojos, la maldad y la deformidad de este vicio tan detestable, sus entrañas sean movidos a levantarse contra él, y a detestar y aborrecer ese pecado, que es tan odioso, pernicioso y perjudicial para todos los hombres. Pero entre todas las clases de Contención, ninguna es más perjudicial que la Contención en materia de Religión. Evita (dice San Pablo), las cuestiones necias e ignorantes, sabiendo que engendran contiendas (2 Timoteo 2.23). No es propio de un siervo de Dios pelear o luchar, sino ser bondadoso con todos los hombres (2 Timoteo 2.24). Esta Contención y contienda estaba en el tiempo de San Pablo entre los Corintios, y está en este tiempo entre nosotros los ingleses. Porque hay demasiados que, en las tabernas o en otros lugares, se deleitan en plantear ciertas cuestiones, no tanto para la edificación como para la vanagloria, y en mostrar su astucia, y de manera tan poco sobria para razonar y disputar, que cuando ninguna de las partes da lugar a la otra, caen en la riña y la disputa, y a veces en las palabras calientes, para mayor inconveniencia. San Pablo no podía soportar escuchar entre los corintios estas palabras de discordia o disensión: Yo soy de Pablo, yo de Cefas y yo de Apolo (1 Corintios 3.4): ¿Qué diría entonces, si escuchara estas palabras de discordia (que ahora están casi en la boca de todos los hombres)? Él es un fariseo, él es un evangélico, él es de la nueva clase, él es de la antigua fe, él es un hermano de la nueva orden, él es un buen padre católico, él es un papista, él es un hereje. ¿Cómo está dividida la Iglesia? Oh, ¿cómo se cortan y destrozan las ciudades? Oh, ¿cómo la capa de Cristo, que era sin costura, está toda desgarrada y torneada? Oh, cuerpo místico de Cristo, ¿dónde está esa santa y feliz unidad, siendo que quien se encuentre fuera de ella, no está en Cristo? Si un miembro es arrancado de otro, ¿dónde está el cuerpo? Si el cuerpo se separa de la cabeza, ¿dónde está la vida del cuerpo? No podemos estar unidos a Cristo, nuestra cabeza, si no estamos pegados con concordia y caridad los unos a los otros. Porque el que no es de esta unidad, no es de la Iglesia de Cristo, que es una santa comunión o unidad, y no una división. San Pablo dice que mientras haya emulación o enemistad, contienda y facciones o sectas entre nosotros, somos carnales y andamos según el hombre carnal (1 Corintios 3.3). Y Santiago dice: Si tenéis celos amargos, y contención en vuestros corazones, no os gloriéis de ello (Santiago 3.14); porque donde hay contención, hay inseguridad, y toda obra mala. Y por qué no oímos a San Pablo, que nos ruega, cuando nos lo ordena, diciendo: Os ruego en el Nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya disensión entre vosotros, sino que seáis un solo cuerpo, de un mismo sentir y de una misma opinión en la verdad (1 Corintios 1.10). Si su deseo es razonable y honesto, ¿por qué no lo concedemos? si su petición es para nuestro beneficio, ¿por qué la rechazamos? Y si no escuchamos su petición de oración, escuchemos su exhortación, donde dice:

Os exhorto a que os comportéis como corresponde a la vocación a la que habéis sido llamados, con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz: Porque hay un solo cuerpo, un solo espíritu, una sola fe, un solo bautismo (Efesios 4.1-5). No hay (dice él) más que un solo Cuerpo, del cual no puede ser ningún miembro vivo, que esté en desacuerdo con los otros miembros. Hay un solo Espíritu, que goza y une todas las cosas en uno. ¿Y cómo puede este único Espíritu resistir en nosotros, si estamos divididos entre nosotros mismos? No hay más que una sola fe, y ¿cómo podemos decir entonces, él es de la antigua fe, o él es de la nueva fe? No hay más que un solo Bautismo, y entonces, ¿no serán todos los bautizados uno? La disputa causa división, por lo que no debe haberla entre los cristianos, a los que una sola fe y un solo bautismo los une. Pero si despreciamos la petición y la exhortación de San Pablo, al menos consideremos su ferviente petición, en la que nos conmina muy seriamente y (si puedo hablar así) nos aconseja de esta forma y manera: Si hay algún consuelo en Cristo, si hay algún consuelo de amor, si tenéis alguna comunión del Espíritu, si tenéis algún sentimiento de piedad y compasión, llenad mi gozo, siendo todos semejantes, teniendo una misma caridad, siendo de un mismo sentir, de una misma opinión, que nada se haga por contienda, ni por vanagloria (Filipenses 2. 1-3). ¿Quién es el que tiene teniendo compasión en los más profundo de su ser, no será conmovido con estas palabras tan compasivas?

Cómo debemos leer la Escritura. Leamos la Escritura de tal manera que, al leerla, nos convirtamos en los mejores receptores, en lugar de los más contenciosos. Si es necesario enseñar, razonar o disputar algo, hagámoslo con toda mansedumbre, suavidad y benignidad. El que se encuentre en una falta, que se enmiende y más bien que defienda lo que ha dicho amablemente, no sea que caiga por contienda de un error tonto a una herejía obstinada. Porque es mejor ceder el lugar mansamente, que ganar la victoria con la ruptura de la caridad, que se desplaza cuando cada uno defiende su opinión obstinadamente. Si somos hombres cristianos, ¿por qué no seguimos a Cristo, que dice: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón (Mateo 11.29)? Un discípulo debe aprender la lección de su maestro, y un siervo debe obedecer las órdenes de su amo. El que es sabio e instruido, (dice Santiago) que muestre su bondad por su buena conducta, y la sobriedad de su sabiduría. Porque donde hay envidia y contienda, esa sabiduría no viene de Dios, sino que es sabiduría mundana, sabiduría de los hombres y sabiduría del diablo. Porque la sabiduría que viene de lo alto, del espíritu de Dios, es casta y pura, no está corrompida por afectos perversos; es tranquila, apacible y pacífica, y aborrece todo deseo y contienda (Santiago 3.13-17); es dócil, obediente, no se resiste a aprender y a dar lugar a los que enseñan mejor para la reforma. Porque nunca se acabará la lucha y la contienda, si nos disputamos quién será el dueño de la contienda y tendrá la ventaja; si cometemos error tras error, si seguimos defendiendo obstinadamente lo que se ha dicho sin criterio. Porque es cierto que la rigidez en el mantenimiento de una opinión engendra contención, peleas y riñas, que es un vicio entre todos los demás más pernicioso y pestilente para la paz y la tranquilidad comunes. Y se da entre dos personas y partes (porque nadie suele reñir consigo mismo), por lo que comprende dos vicios muy detestables: el primero es el de buscar pleitos, con

palabras agudas y contenciosas; el otro consiste en contestar con desprecio y multiplicar las palabras malintencionadas. El primero es tan abominable, que San Pablo dice: si alguno de los que se llaman hermanos es adorador de ídolos, pendenciero, contencioso, ladrón o extorsionador, con los que son esta clase de hombre, procura no comer (1 Corintios 5.11).

Contra la búsqueda de peleas. Ahora bien, considera que San Pablo incluye entre los ladrones y los idólatras a los escandalosos, a los pendencieros y a los buscadores de disputas, y que muchas veces el daño de un ladrón es menor que el de una lengua maliciosa, porque el primero le quita a un hombre su buen nombre, mientras que el otro sólo le quita sus riquezas, que son de mucho menor valor y estimación que su buen nombre. Y el que roba no hace más que daño a aquel a quien roba; pero el que tiene una lengua malvada, perturba a toda la ciudad en la que vive, y a veces a todo el país. Y una lengua rabiosa es una pestilencia tan contagiosa, que San Pablo aconseja a los cristianos que se abstengan de estar en compañía de ellos, y que no coman ni beban con ellos (1 Corintios 5.11). Y aunque no quiere que una mujer cristiana abandone a su marido, aunque sea un infiel, o que un siervo cristiano se aparte de su amo, aunque este sea un infiel y pagano, observamos que de esta forma permite que un hombre cristiano se junte con un infiel, más nos prohíbe comer o beber con un escandaloso o pendenciero. Y también en el primer capítulo a los Corintios, dice así: No os engañéis, porque ni los fornicarios, ni los adoradores de ídolos, ni los ladrones, ni los borrachos, ni los maldicientes habitarán en el reino de los cielos (1 Corintios 6.9-10). Debe ser necesariamente una gran falta, la que mueve y hace que el padre desherede a su hijo natural. ¿Y cómo puede ser de otra manera, sino porque esta perversa forma de hablar debe ser un pecado condenable, que hace que Dios, nuestro más misericordioso y amoroso Padre, nos prive de su bendito reino del cielo?

Contra la contestación temeraria. Contra el otro pecado que consiste en devolver burla por burla, habla el mismo Cristo, diciendo: Os digo que no resistáis al malo, sino que améis a vuestros enemigos, y que digáis bien a los que os hacen mal, que hagáis bien a los que os hacen mal, y que oréis por los que os hacen daño y os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol tanto sobre los buenos como sobre los malos, y envía su lluvia tanto a los justos como a los injustos (Mateo 5.39, 44-45). A esta doctrina de Cristo concuerda muy bien la enseñanza de S. Pablo, ese recipiente escogido por Dios, que no deja de exhortarnos y llamarnos, diciendo: "Benedicid a los que os maldicen, bendicid y no maldigáis, no paguéis a nadie mal por mal, si es posible (en la medida en que os sea posible) vivid en paz con todos los hombres" (Romanos 12.14, 17-18).

## SEGUNDA PARTE DEL SERMÓN CONTRA LA CONTIENDA.

Se os ha declarado en este Sermón contra las contiendas y peleas, los grandes inconvenientes que se derivan de ellas, especialmente de las contenciones que surgen en materia de religión; y cómo, cuando ningún hombre da lugar a otro, no hay fin a la contención y a la discordia; y que la unidad que DIOS requiere de los

cristianos, se descuida y se rompe por completo por ello; y que esta contención se da principalmente en dos puntos, el primero es la búsqueda de disputas, y el segundo, la elaboración de respuestas groseras. Ahora bien, oiréis las palabras de San Pablo, que dice: Queridos hermanos, no os venguéis a vosotros mismos, sino más bien dad lugar a la ira de Dios, porque está escrito: Mía es la venganza, yo me vengaré, dice el Señor. Por tanto, si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber; no te dejes vencer por el mal, sino vence el mal con el bien (Romanos 12.19-21).

Una obediencia. Todas estas son las palabras de San Pablo, pero aquellos que están cargados y llenos de amargura, y que están tan solos, que no pueden soportar ni una sola palabra mala que se diga de ellos, tal vez digan: Si me injurian, ¿me quedaré quieto como un ganso o como un tonto, con el dedo en la boca? ¿Seré un idiota y un estúpido, permitiendo que todos hablen de mí lo que a ellos les plazca, que me escarnezcan como haciendo una lista de injurias, que escupan todo su veneno contra mí placenteramente? ¿No es conveniente que el que habla mal, sea respondido en consecuencia? Si hago uso de la indulgencia y suavidad, aumentaré la ira de mis enemigos y provocaré a otros a hacer lo mismo. Tales razones exponen los que no pueden sufrir nada, pues en el fondo lo que están haciendo es defender su impaciencia.

Una respuesta. Sin embargo, si al responder a una persona malintencionada hubiera esperanza de remediar su malestar, sería menos ofensivo el que respondiera así, sin hacerlo con ira o malicia, sino sólo con la intención de que el que es tan malintencionado pueda ser corregido. Pero el que no puede enmendar una falta ajena, o no puede enmendarla sin incurrir en una falta propia, mejor es que perezca uno, que dos. Entonces, si no puede calmarlo con palabras suaves, al menos no caiga con palabras malvadas y poco caritativas. Si puede apaciguarlo con el sufrimiento, entonces es mejor sufrirlo, y si no, es mejor sufrir mal, que hacer mal, decir bien, que decir mal. Porque hablar bien contra la maldad, viene del Espíritu de Dios; pero hacer maldad por maldad, viene del espíritu contrario. Y el que no puede templar ni dominar su propia ira, no es más que débil y endeble, y más parecido a una mujercilla o a un niño, que a un hombre fuerte. Porque la verdadera fuerza y hombría es vencer la ira, y despreciar las injurias y la insensatez ajena. Y además de esto, el que desprecia el mal que le hace su enemigo, todo hombre percibirá que fue dicho o hecho sin causa; mientras que, por el contrario, el que se enfurece y persigue por ello, ayudará a la causa de su adversario, dando la sospecha de que la cosa es verdadera. Y al ir a vengar el mal, nos mostramos malvados, y mientras castigamos y vengamos la locura de otro, duplicamos y aumentamos nuestra propia locura. Pero los voluntariosos encuentran muchos pretextos para colorear su impaciencia. Mi enemigo, dicen, no es digno de tener palabras o acciones suaves, estando tan lleno de malicia o de rencor. Cuanto menos se muestre digno, más se te permitirá por parte de DIOS, y más se te alabará por parte de Cristo, por cuya causa deberías dar el bien por el mal, porque Él te lo ha encomendado, y también merece que lo hagas. Tu prójimo quizá te haya ofendido con una palabra; recuerda con cuántas palabras y hechos has ofendido gravemente a tu Señor Dios. ¿Qué era el hombre, cuando Cristo murió por él? ¿No era su enemigo, e indigno de tener su

favor y misericordia? Así pues, ¿con qué dulzura y paciencia te prohíbe, tolera y sufre, aunque tú le ofendas cada día? Perdona, pues, una leve ofensa a tu prójimo, para que Cristo te perdone a ti muchos miles de ofensas, recuerda que cada día eres un ofensor. Porque si perdonas a tu hermano, que es para ti un transgresor, entonces tienes una señal y un signo seguro de que DIOS te perdonará, a quien todos los hombres son deudores y transgresores. ¿Cómo quieres que Dios sea misericordioso contigo, si eres cruel con tu hermano? ¿No puedes encontrar en tu corazón el hacer con otro que es tu compañero, lo que Dios ha hecho contigo, que no eres más que su siervo? ¿No debe un pecador perdonar a otro, viendo que Cristo, que no era pecador, rogó a su Padre por los que, sin misericordia y con odio, le dieron muerte? El cual, cuando fue injuriado, no respondió con palabras injuriosas, y cuando sufrió injustamente, no amenazó, sino que dio toda la venganza al juicio de su Padre que juzga rectamente (1 Pedro 2.23). ¿Y qué te importa tu cabeza, si no te esfuerzas por estar en el cuerpo? No puedes ser miembro de Cristo, si no sigues los pasos de Cristo: (que como dice el Profeta) fue llevado a la muerte como un cordero, no abriendo su boca para injuriar (Isaías 53.7), sino abriendo su boca para orar por los que lo crucificaron, diciendo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lucas 23.34). Este ejemplo, poco después de Cristo, lo siguió San Esteban (Hechos 7.60), y después S. Pablo: Se habla mal de nosotros, (dice él) y hablamos bien; sufrimos persecución, y la tomamos con paciencia: Los hombres nos maldicen, y nosotros los reprendemos suavemente (1 Corintios 4.12-13). Así S. Pablo enseñaba lo que hacía, y hacía lo que enseñaba. Bendecid (dice) a los que os persiguen; bendecid y no maldigáis. ¿Es gran cosa hablar bien a tu adversario, a quien Cristo te manda hacer bien? David, cuando Semei lo maldecía, no entró en riña con él, sino que dijo pacientemente: "Deja que hable mal, si acaso el Señor tiene misericordia de mí". La historia está llena de ejemplos de hombres paganos que fueron prontos para sufrir palabras oprobiosas y reprobatorias, así como a soportar actos injuriosos. ¿Y acaso esos paganos nos superan en paciencia a nosotros que profesamos a Cristo, maestro y ejemplo de toda paciencia? Lisandro, cuando alguien se enfureció contra él, injuriándolo, no se inmutó, sino que dijo: "Ve, ve, habla contra mí todo lo que quieras y no dejes nada, si acaso por este medio te liberas de esas cosas malas, con las que parece que estás cargado. Muchos hombres no saben otra cosa que hablar mal de todos los hombres, porque simplemente no pueden hablar bien de nadie". De este modo, este sabio se desprende de las palabras reprobatorias que se le dirigen, imputándolas y atribuyéndolas a la enfermedad natural de su adversario. Pericles, en una ocasión cuando un escandaloso, un tipo cargado de rabia le injurió, no respondió ni una palabra ante esto, sino que se metió en una galería, y después, al caer la noche, cuando volvió a su casa, siguió a ese escandaloso, quien se enfurecía aún más, porque veía que el otro no respondía nada contra sus ofensas: y después de llegar a su puerta (siendo la noche oscura) Pericles ordenó a uno de sus criados que encendiera una antorcha, y que llevara al escandaloso a su propia casa.

Él no sólo sufrió pacientemente esta bravuconería, sino que también recompensó una mala acción con una buena acción, y eso para su enemigo. ¿No es una vergüenza para nosotros, que profesamos a Cristo, ser peores que los paganos, en una cosa que afecta principalmente a la religión de Cristo? ¿Nos persuadirá la

filosofía más que la palabra de Dios? Qué ceguera, qué obstinación, o más bien qué locura es ésta (Pericles, al ser provocado a ira con muchas palabras malvadas, no respondió ni una palabra). Pero nosotros, agitados sólo con una pequeña palabra, ¿Cuánto mal podemos hacer? ¿Cómo nos enfurecemos, nos exasperamos, y quedamos mirando como locos? Muchos hombres, de cualquier nimiedad harán un gran asunto, y de la chispa de una pequeña palabra encenderán un gran fuego, tomando todas las cosas en la peor parte.

Razones para apartar a los hombres de la disputa. Pero cuánto mejor es, y más parecido al ejemplo y la doctrina de Cristo, hacer más bien de una gran falta en nuestro prójimo, una pequeña falta, razonando con nosotros mismos de esta manera. Él dijo estas palabras, pero fue porque se encontraba acalorado, o las dijo el borracho y no él, o las dijo a instancias de algún otro, o las dijo ignorando la verdad, no las dijo contra mí, sino contra el que creía que era yo. Pero en cuanto a hablar mal, el que está dispuesto a hablar mal contra otros hombres, que primero se examine a sí mismo, si está libre de la culpa que encuentra en otro. Porque es una vergüenza cuando el que culpa a otro de cualquier falta, es culpable él mismo, ya sea de la misma falta o de una mayor. Es una vergüenza para el que es corto de vista llamar a otro ciego, y es aún más vergonzoso para el que es completamente ciego llamarle ciego, pues no es más que un ciego. Porque esto es ver una paja en el ojo ajeno, cuando se tiene una viga en su propio ojo.

Entonces considere que el que habla mal, comúnmente se le hablará mal de nuevo. Y el que habla lo que quiere para su placer, se verá obligado a oír lo que no quiere, para su disgusto. Además, recuerde la Escritura, que nos enseña que daremos cuenta de toda palabra ociosa (Mateo 12.36). ¿Cuánto más, pues, hemos de rendir cuentas por nuestras palabras agudas, amargas, represivas y reprimendas, que provocan el enojo de nuestro hermano y, por tanto, la ruptura de su caridad?

Razones para evitar que los hombres respondan con desprecio. Y en cuanto a responder mal, aunque nunca seamos tan provocados por otros hombres que hablan mal, no seguiremos su ira respondiendo mal, si consideramos que la ira es una especie de locura, y que el que se enoja, está (por así decirlo, por el momento) en una frivolidad. Por lo tanto, tenga cuidado, de que en su furia no diga nada de lo que después pueda tener una causa justa para arrepentirse. Y el que quiera defender que el enojo no es furia, sino que tiene razón, aun cuando esté muy enojado, entonces que razone consigo mismo cuando se enoje: Ahora estoy tan molesto y enojado, que dentro de poco tiempo tendré otro ánimo: ¿por qué, entonces, he de decir ahora algo en mi enojo, en lugar de hacerlo después, cuando sea conveniente, siendo que lo dicho no se puede cambiar? ¿Por qué he de hacer algo, estando ahora (como si estuviera) fuera de mi razón, por lo cual, cuando vuelva en mí, estaré muy acongojado por lo hecho? ¿Por qué no razona, por qué mejor no me rijo por lo dispuesto por Dios, y por qué no le doy Cristo lo que ahora le corresponde, para que más tarde me sea recompensado? Si un hombre es llamado adúltero, usurero, borracho, o por cualquier otro nombre vergonzoso, que considere seriamente si es llamado así verdaderamente o falsamente; si es verdadero, que enmiende su falta, para que su adversario no pueda después

acusarlo dignamente de tales ofensas: Si estas cosas se le imputan falsamente, que considere si ha dado alguna ocasión para que se le sospeche de tales cosas, y así podrá cortar esa sospecha, de la que surgió este engaño, y en otras cosas vivirá con más cautela. Y de esta manera, no nos perjudicamos, sino que nos beneficiamos de las reprimendas y los insultos de nuestros enemigos. Porque el reproche de un enemigo puede ser para muchos hombres un estímulo más rápido para la enmienda de su vida, que la suave monición de un amigo. Filipo, el rey de Macedonia, cuando los principales gobernantes de la ciudad de Atenas hablaron mal de él, les agradeció de corazón, porque gracias a ellos mejoró, tanto en sus palabras como en sus actos: porque yo razono (dice él) tanto sobre mis dichos como sobre mis hechos para persuadirme sin son mentira o no.

### TERCERA PARTE DEL SERMÓN CONTRA LA CONTIENDA.

Ya oísteis en la última lección del Sermón contra las contiendas y las peleas, cómo podemos responder a los que mantienen en constante contienda usando palabras groseras, y que estos recibirán su castigo con palabras tan malas como las que lanzan otros hombres, y finalmente cómo podemos ordenarnos según la voluntad de DIOS, y qué considerar hacia ellos cuando nos provocan a la contienda y a las peleas con palabras denigrantes. Ahora, para proceder en el mismo asunto, conocerás la manera correcta de refutar y vencer a tu adversario y enemigo. Esta es la mejor manera de vencer al hombre que se erige como tu adversario, para que todos los que conozcan tu honestidad, sean testigos de que se te maltrata indignamente. Si la falta por la que se te maltrata es tal que, resulta necesario defender tu honestidad, y debes responder, entonces, que se haga con tranquilidad y equilibrio, de esta manera, lograrás que se evidencie que las faltas que se te imputan son falsas. Porque es cierto lo que dice el sabio: La respuesta suave calma la ira, y la respuesta dura y cortante despierta la ira y el enojo (Proverbios 15.1). La respuesta dura de Nabal provocó a David a una venganza cruel, pero las palabras suaves de Abigail apagaron el fuego que estaba en llamas (1 Samuel 25.10-35). Y un remedio específico contra las lenguas maliciosas es armarnos de paciencia, mansedumbre y silencio, no sea que al multiplicar las palabras con el enemigo, seamos tan malos como él.

Una objeción. Pero los que no pueden soportar una sola palabra mala en su contra, tal vez, tomen por excusa, alegar lo que está escrito: El que desprecia su buen nombre, es cruel.

Respuesta. También decimos: "Responde al necio como merece su necedad" (Proverbio 26.5). Y nuestro Señor Jesús guardó su paz ante ciertas afirmaciones en su contra que encontramos en los evangelios; pero a algunas respondió con diligencia. Oyó a los hombres llamarle samaritano, hijo de carpintero, bebedor de vino, y calló; pero cuando les oyó decir: "Tienes el demonio dentro de ti", contestó a ello con diligencia. Es cierto que hay un momento en que conviene responder a un tonto según su necedad, para que no parezca sabio en su propia opinión. Y a veces no es provechoso responder a un tonto según su necedad, para que el sabio no se asemeje al tonto. Cuando nuestra infamia, o el reproche que se nos hace, es

comidilla que alegra a muchos, entonces es necesario, responder con prontitud y estar preparados para ello. Porque leemos que muchos hombres santos de buena fe, han hablado y respondido aguda y ferozmente a los tiranos y a los hombres malvados, y que las palabras agudas no eran fruto de la ira, el rencor o la malicia, ni del deseo de venganza, sino del deseo ferviente de llevarlos al verdadero conocimiento de Dios y a impulsarlos a dejar de vivir impíamente, mediante una reprimenda y una exhortación serias y agudas. En este sentido, San Juan Bautista llamó a los fariseos "cría de víboras" (Mateo 3.7); y San Pablo llamó a los gálatas "tontos" (Gálatas 3.1); y a los hombres de Creta los llamó "mentirosos", "bestias malvadas" y "vientres perezosos" (Tito 1.12); y a los falsos apóstoles, los llamó "perros" y "astutos" (Filipenses 3.2).

Y su actitud es piadosa, y debe ser permitida, como lo demuestra claramente el ejemplo de Cristo, quien aunque era la fuente y el manantial de toda mansedumbre, gentileza y suavidad, llamó a los obstinados escribas y fariseos, guías ciegos, necios, sepulcros blanqueados, hipócritas, serpientes, cría de víboras, una generación corrupta y malvada (Mateo 23.16). También reprende a Pedro con vehemencia, diciendo: Apártate de mí, Satanás (Mateo 16.23). Asimismo, San Pablo reprende a Elimas, diciendo: Oh, tú, lleno de todo engaño y astucia, enemigo de toda justicia, no cesarás de trastornar los caminos rectos de Dios; y ahora, he aquí que la mano del Señor está sobre ti, y te quedarás ciego, y no verás por un tiempo (Hechos 13.10-11). Y San Pedro reprende a Ananías muy duramente, diciendo: Ananías, ¿cómo es que Satanás ha llenado tu corazón, para que mientas al Espíritu Santo (Hechos 5.3)? Este celo ha sido tan ferviente en muchos hombres buenos, que los ha estimulado; no sólo a hablar palabras amargas y ansiosas, sino también a hacer cosas que podrían parecer crueles a algunos, pero que en realidad son muy justas, caritativas y piadosas, porque no fueron hechas por ira, malicia o mente contenciosa, sino por una mente ferviente, para la gloria de DIOS y la corrección del pecado, ejecutadas por hombres llamados a ese oficio. Porque en este sentido nuestro Señor Jesucristo expulsó con un látigo a los compradores y vendedores del Templo (Juan 2.15). En su época Moisés rompió las dos Tablas que había recibido de la mano de Dios, cuando vio a los israelitas danzando alrededor del becerro de oro, e hizo matar como tres mil hombres de su propio pueblo (Éxodo 32.19). En esta ocasión, Finees, hijo de Eleazer, mató con su espada a Zimri y a Cozbi, a quienes encontró juntos en un acto de impureza (Números 25.8).

Pero estos ejemplos no deben ser seguidos por todos, sino por los hombres que han sido llamados a un cargo y puestos en autoridad. Por lo tanto, volviendo a las palabras contenciosas, y especialmente a lo que atañe en asuntos de religión y de la palabra de Dios (que debe usarse con toda modestia, sobriedad y castidad), las palabras de Santiago deben ser bien marcadas y tenidas en cuenta, cuando dice que de la contienda surge todo mal. Y el sabio rey Salomón dice: Se debe honrar al hombre que se guarda de la contienda, y todos los que se mezclan con ella son necios (Proverbios 20.3). Y debido a que este vicio es tan perjudicial para la sociedad y la prosperidad común, en todas las ciudades bien ordenadas, estos pendencieros y escandalosos reconocidos son castigados con un tipo de pena notable: como ser puestos en el taburete de cucullas, en la picota, o algo similar. Y



son indignos de vivir y gozar de la prosperidad común de la sociedad, estos se reconocen por hacer todo lo que caracteriza a los pendencieros, es decir, viven en riñas y peleas para perturbar la tranquilidad y la paz de todos. ¿Y de dónde proviene esta contienda, pelea y desacuerdo, sino del orgullo y la vana gloria? Por lo tanto, humillémonos bajo la poderosa mano de Dios, que ha prometido descansar sobre los que son humildes y bajos de espíritu (1 Pedro 5.5, Lucas 1.52). Si somos hombres cristianos buenos y tranquilos, que se manifieste en nuestras palabras y conversaciones sanas. Si hemos abandonado al diablo, no usemos más un vocabulario diabólico: El que ha sido un malhumorado, que ahora sea un sobrio consejero. El que ha sido un calumniador malicioso, que ahora sea un consolador amoroso. El que ha sido un malvado renegado, que ahora sea un maestro espiritual. El que ha abusado de su lengua para maldecir, que ahora la use para bendecir. El que ha abusado de su lengua hablando mal, que ahora la use para hablar bien. Toda amargura, ira, rabia y blasfemia, debe ser evita por ti. Si puedes, y es posible, no te enfades. Pero si no podéis estar limpios de esta pasión, entonces templadla y controladla de tal manera que no os incite a la contienda y a las peleas. Si te provocan con palabras maliciosas, ármate de paciencia, benignidad y silencio, ya sea no hablando nada, o bien siendo muy suave, manso y gentil al responder. Vence a tu adversario con beneficios y gentileza. Y sobre todo, mantén la paz y la unidad: no seas un destructor de la paz, sino que te reconozcan como un constructor de paz. Y entonces no hay duda de que DIOS, el autor del consuelo y la paz, nos concederá la paz de conciencia, y tal concordancia y acuerdo, que con una sola boca y una sola mente, podamos glorificar a DIOS, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, a quien corresponde toda la gloria, ahora y siempre. AMÉN.

A continuación, seguirán sermones sobre el ayuno, la oración y las buenas acciones, sobre la Natividad, la Pasión, la Resurrección y la Ascensión de nuestro Salvador, sobre la recepción de su bendito Cuerpo y Sangre, bajo la forma de Pan y vino, contra la ociosidad, contra la gula y la embriaguez, contra la codicia, contra la envidia, la ira y la malicia, con muchos otros asuntos, tan fructíferos como necesarios para la edificación del pueblo cristiano y el aumento de la vida piadosa.

Dios salve al Rey.